

Introducción

Las fuentes de la investigación

Para poder estudiar retrospectivamente la muerte de cualquier persona, y más si esta tuvo una gran relevancia social, solo podemos recurrir a dos fuentes principales: los textos de la época o cualquier objeto relacionado con el fallecimiento, la Sábana Santa o Sudario de Turín en el caso de Jesús; y a una fuente secundaria, los escritos o libros que han tratado este mismo tema sean de la época que sean a manera de contraste de opiniones, y que luego deben constar naturalmente en la bibliografía de este trabajo.

Habrá quien diga que estas fuentes, dado el personaje, son insuficientes o al menos no totalmente fidedignas, y lo dirán a tenor de creencias o juicios a priori, así como distintos trabajos técnicos que ponen en duda dichos elementos. Y aunque todo el mundo tiene derecho a creer lo que quiera, sin embargo en nuestra opinión hay más datos científicos a favor de utilizar ambas fuentes principales que en contra, y esta y solo esta es la razón de su utilización en la investigación criminal de la muerte de Jesús de Nazaret.

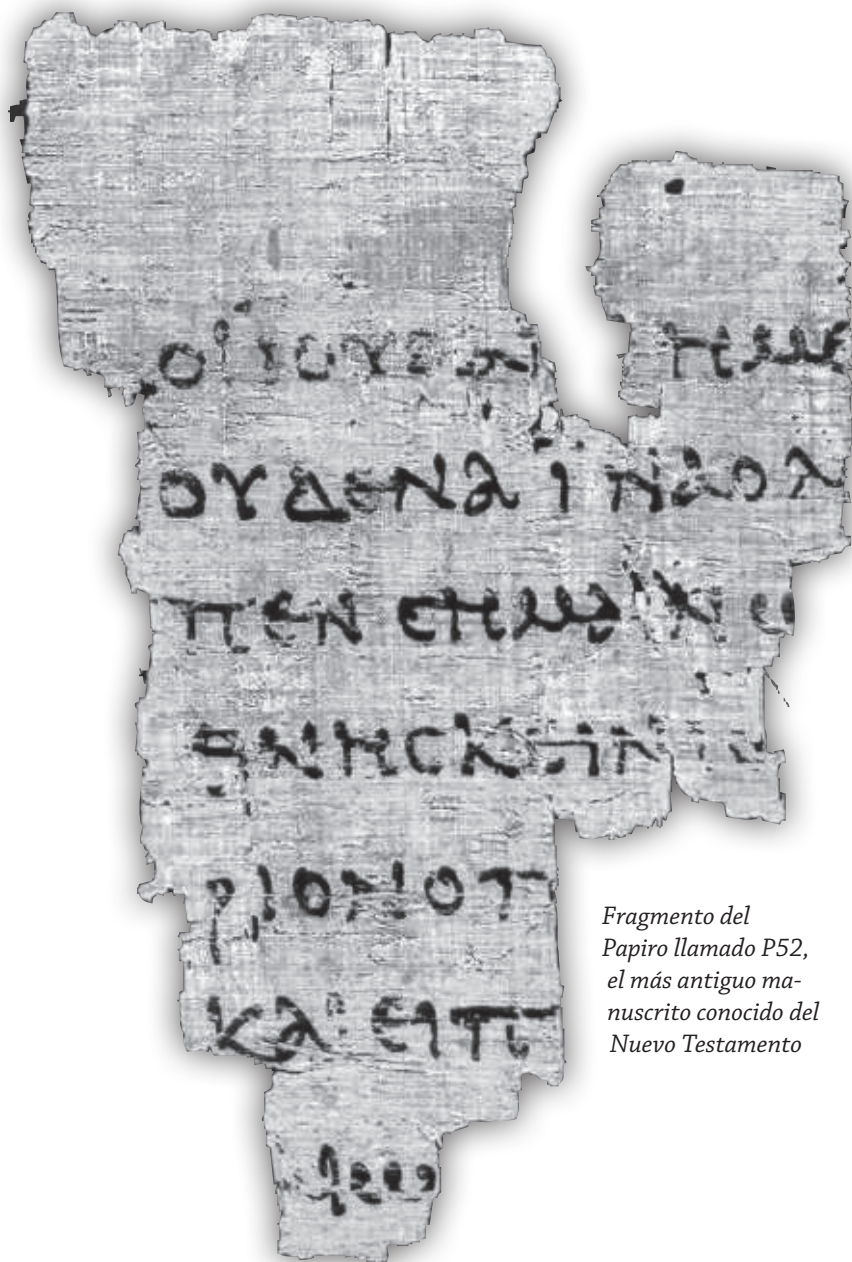
Lógicamente, todo investigador, y más desde el campo forense, se debe a los datos, y cuando faltan los datos solo se puede aproximar a ellos con deducciones ajustadas a la lógica y la realidad, solo así puede construirse un escenario criminal y sacar conclusiones que valgan para detener al delincuente. Hoy no sería el caso: los delincuentes en la muerte de Jesús ya hace tiempo que murieron y sus delitos, flagrantes en aquel entonces, han prescrito en todas las legislaciones, las de antaño y las de ahora.

En el caso que nos ocupa, el material de referencia relativo a esta muerte se compone de un conjunto de literatura, básicamente los Evangelios Canónicos, y no de un cuerpo físico o sus restos. En esta línea de trabajo forense, el crédito de cualquier discusión sobre la muerte de Jesús será determinado fundamentalmente por la credibilidad de estas fuentes.

Para este estudio, el material de referencia incluye pues básicamente los escritos de antiguos cristianos y autores no cristianos, los escritos de autores modernos y el propio Sudario de Turín. Además, debemos tener muy en cuenta que a diferencia de lo que ocurre con otros personajes de la antigüedad, pero al igual que sucede con otros muchos, no hay evidencias arqueológicas completamente seguras que permitan verificar la existencia de Jesús de Nazaret, ya que no alcanzó mientras vivía una relevancia suficiente como para dejar constancia en fuente alguna, y solo la posterioridad lo elevó a la máxima categoría.

Ahora bien, la arqueología sí ha demostrado lugares, hechos y circunstancias que están fielmente reflejadas en los textos sagrados, de los que incluso tenemos trozos y copias de una antigüedad cercana a los hechos. Así, por ejemplo, el Papiro llamado P52 (*foto página siguiente*) es el manuscrito conocido más antiguo del Nuevo Testamento, y contiene un breve fragmento del Evangelio de Juan, teniendo un origen de alrededor del año 125 d.C.

Por otra parte, Jesús, como otros muchos dirigentes religiosos y filósofos de la Antigüedad, no escribió nada o, al menos,



*Fragmento del
Papiro llamado P52,
el más antiguo ma-
nuscrito conocido del
Nuevo Testamento*

no hay constancia alguna de que así fuera, por lo que todas las fuentes para la investigación histórica y médico-legal de Jesús de Nazaret, tanto para su vida como en este caso para su muerte, nacen de otros autores.

EVANGELIOS

Todos los investigadores están de acuerdo en que la principal fuente de información acerca de Jesús se encuentra en los cuatro Evangelios, los tres llamados Sinópticos –por su semejanza– Marcos, Mateo y Lucas, escritos probablemente entre los años 70 y 100 d.C.; en el Evangelio de Juan, escrito aproximadamente entre el 125 y el 150 d.C.; y las Cartas de Pablo. Vamos pues a repasar estos documentos.

Al conjunto de los cuatro Evangelios se le conoce desde el Concilio de Nicea (325 d.C.) como los Evangelios Canónicos, es decir, los ortodoxos, y sobre los que no caben dudas. No obstante, la crítica actual dice que los Evangelios no fueron escritos por testigos personales de la actividad de Jesús, sino que se escribieron en griego por personas que no conocieron directamente a Jesús, si bien otro conjunto de estudiosos opina lo contrario.

La similitud entre los tres primeros Evangelios, o Sinópticos, tiene hoy dos posibles explicaciones: una, según Weisse (1838) en la que se supone que el Evangelio de Marcos es el más antiguo y de él salieron posteriormente el de Mateo y Lucas; y otra teoría, que defiende la existencia de un texto llamado *Documento Q* o Protoevangelio, del que se copiaron los tres Evangelios Sinópticos, y que debía contener únicamente palabras de Jesús.

Para conocer más o menos las fechas de los Evangelios se ha utilizado la fecha de la destrucción del Templo por los Romanos en el año 70 d.C. Según este momento, podríamos aventurar que solo el Documento Q es anterior al 70 d.C., y los otros

serían posteriores. Tendríamos pues los siguientes textos como fuentes documentadas:

Documento Q

La existencia de este Protoevangelio se ha inducido a partir de la investigación textual de las afinidades entre los Evangelios Sinópticos. Se considera que fue escrito en lengua griega, que contenía principalmente dichos de Jesús, y que fue redactado, probablemente en la región de Galilea, en algún momento antes de la guerra judía entre el 40 y el 60 a.C.

Evangelio de San Marcos

Fue escrito en griego, posiblemente en Siria o, más lejos aún, en Roma. Su fecha debe estar hacia el 70 d.C. y es una recopilación de hechos transmitidos por la tradición.

Evangelio de San Mateo

Fue escrito en griego, posiblemente en Siria, y es más tardío que Marcos, al que utiliza como fuente. Probablemente se redactó en los años ochenta del siglo I. Nace de unir el Documento Q con Marcos y otros escritos, y su intención principal es destacar la figura de Jesús como máximo representante de la ley y los profetas del Antiguo Testamento, por lo cual utiliza muchas citas de las escrituras judías.

Evangelio de San Lucas

Es la primera parte de una obra que forma una unidad muy compacta y cuya segunda parte es el texto conocido por todos como *Los Hechos de los Apóstoles*. Se emplea en narrar los orí-

genes del Cristianismo como verdadera religión y se nutre del Documento Q y del Evangelio de Marcos.

Evangelio de San Juan

Es un Evangelio mucho más tardío que los Sinópticos, en torno al año 100, y los estudiosos lo ven menos fiable en cuanto a historicidad, pero incluso respecto a esto hay muchas discusiones. Tiene más profundidad teológica y las fuentes ya no son las mismas que para los anteriores, pero lo consideramos una fuente por su muy ordenada estructura.

Las cartas de Pablo de Tarso

Llamados *Las Cartas de San Pablo*, son los documentos más antiguos conocidos relativos a Jesús, incluso más todavía que los propios Evangelios, por su texto y su conocimiento en profundidad de lo que había ocurrido. Pablo no conoció personalmente a Jesús. Su conocimiento de él, según sus propias afirmaciones, puede provenir de los muchos contactos que tuvo con miembros de varias comunidades cristianas, entre ellos varios seguidores directos de Jesús. Conoció, según él mismo afirma en la *Epístola a los Gálatas*, a Pedro (**Gálatas 2:11-14**), Juan (**Gálatas 2:9**), y a Santiago, al que se refiere por cierto como «hermano del Señor» (**Gálatas 1:18-19** y **1 Corintios 15:7**).

En las cartas de Pablo se afirma, entre otras cosas, que Jesús nació «según la ley» y que era del linaje de David «según la carne» (**Romanos 1:3**), y que los destinatarios de su predicación eran los judíos circuncisos (**Romanos 15:8**). En segundo lugar, refiere ciertos detalles acerca de su muerte: indica que murió crucificado (**2 Corintios 13:4**), que fue sepultado y que resucitó al tercer día (**1 Corintios 15:3-8**), y atribuye su muerte a los judíos (**1 Tesalonicenses 2:14**) y también a los «poderosos de este mundo» (**1 Corintios 2:8**).

Las descripciones más extensas y detalladas de la vida y muerte de Jesús se encuentran en los Evangelios de Mateo, Marcos y Lucas, llamados Sinópticos por el paralelismo casi literal de sus descripciones, y en el de Juan, un siglo posterior y con otro estilo diferente. Estos Evangelios, que quedaron firmemente consolidados a partir del Concilio de Nicea, promovido por el emperador romano Constantino, no han sufrido modificación alguna con el paso de los tiempos hasta nuestros días, tanto es así que incluso los increíbles hallazgos de los llamados *Manuscritos del Mar Muerto* o de los *Esenios de Qumran* tienen trazos literalmente exactos a los textos del Antiguo Testamento, base escrita total del Judaísmo, y son un soporte fiable incluso para los mismos Evangelios.

Hay otros veintitrés libros del Nuevo Testamento, la base escrita total del Cristianismo, que ayudan, matizan y soportan, pero no amplían para nada los detallados y minuciosos registros de los Evangelios Canónicos, por lo que los usamos con cautela.

Y por fin hay una enorme cantidad de textos que se engloban con los términos Evangelios Apócrifos, que hemos utilizado con mayor precaución aún, ya que no son coherentes entre sí y ya fueron desechados en el año 325 por el Concilio de obispos cristianos reunidos en Nicea como poco fiables.

Han resultado también muy interesantes como fuentes de ayuda algunos textos de autores cristianos, judíos y romanos de aquellos tiempos, ya que aportan una información adicional sobre los sistemas legales judíos y romanos del siglo I, y por supuesto detalles sobre los castigos que entonces imperaban, entre los que esencialmente estaban la flagelación y la crucifixión.

Que además Jesús fue indudablemente un personaje auténtico e históricamente importante queda escrito en distintos autores no cristianos.

Jesús, como personaje notable, es mencionado ya en aquellos tiempos por algunos historiadores romanos como Tácito, Plinio el Joven y Suetonio, y también por otros escritores no romanos

como Thallos el Samaritano y Phlegon el Griego, por el sátiro Luciano de Samosata –incluso se hace mención en el Talmud judío–, y por el conocido historiador romano-judío Flavio Josefo, del que extraeremos distintos textos.

Otros autores no cristianos de los que nos han llegado escritos, como Séneca y Plutarco, por ejemplo, también estaban al corriente del tormento de la crucifixión y sus consecuencias, y por ellos podemos sacar determinadas conclusiones para la investigación.



SÁBANA SANTA

Otra fuente, esta de un valor incalculable para la investigación forense, es el Sudario de Turín, o *Síndone*, considerada por muchos como la tela con la que envolvieron a Jesús (*foto superior*), y son innumerables las publicaciones, investigaciones y estudios sobre la misma y también, lo que a nosotros más nos importa, sobre los aspectos médicos de los tormentos y la muerte de Jesús.

La Síndone apareció en Francia en el siglo XIV, pero se constatan descripciones de ella de los siglos X y hasta del VI, con lo que la antigüedad de la misma está fuera de toda duda.

De la Síndone se pueden apreciar, según la mayoría de las investigaciones, los siguientes rastros de interés forense:

Quemaduras

Fueron producidas por el calor del metal de la urna que contenía la Síndone durante un incendio ocurrido en la capilla de Chambéry en la noche del 3 de diciembre de 1532. Se pueden apreciar los dieciséis triángulos de color blanquecino que presenta el lienzo con los agujeros producidos por la fundición de una de las esquinas de la urna, ya que la plata empezó a derretirse por el intenso calor y este metal alcanzó el ángulo de aquel pliegue antes de que se sofocara el incendio con agua —el lienzo estaba doblado varias veces—.

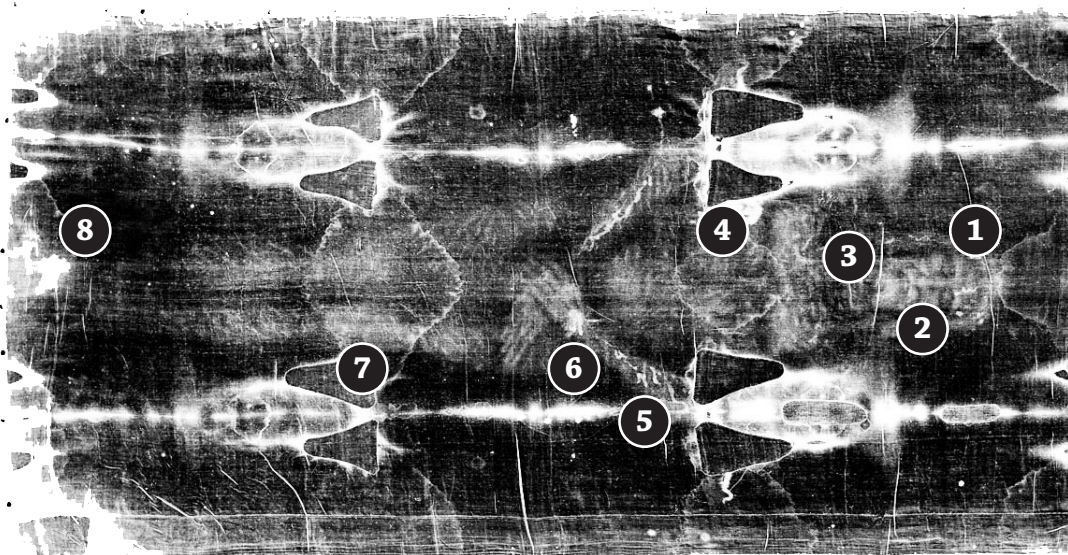
Agua

Este líquido fue el empleado para la extinción del incendio de 1532 y el necesario enfriamiento de la urna. Se sabe que el agua empapó casi toda la Síndone.

Cuerpo entero

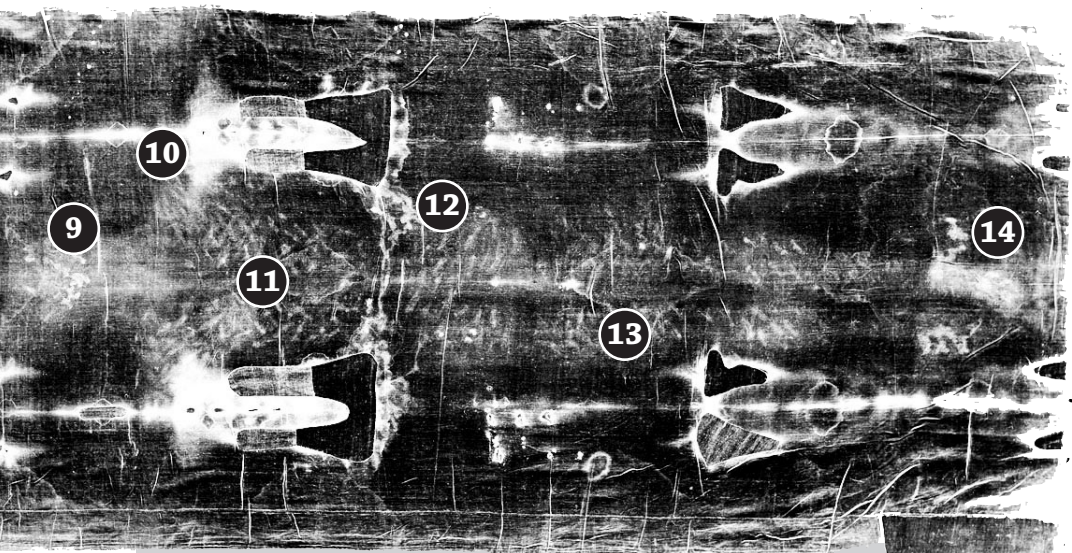
Desdoblada la Síndone, se ve perfectamente la doble imagen (frontal y dorsal) del cadáver de un varón, de alrededor de 1,80 metros de altura, y se permite constatar que la persona que fue envuelta con ella debió sufrir una muerte extraordinariamente similar a la que narran los Evangelios para el caso de Jesús, pues en el estudio realizado por simple observación visual se observan las siguientes características médico-forenses:

- ✓ *Lesiones en la cara:* pómulos contusionados, mandíbula inferior hinchada y tumefacta, contusiones en la frente, línea de la nariz torcida y base de la misma aplastada (rotura del tabique nasal) (foto página 22).
- ✓ *Azotes:* huellas dejadas por la flagelación, dispersas por todo el tronco en forma de dos círculos pequeños muy cercanos.
- ✓ *Espinas:* impresiones de sangre proveniente de heridas ocasionadas por una corona o casco completo de diversas espinas de origen vegetal.

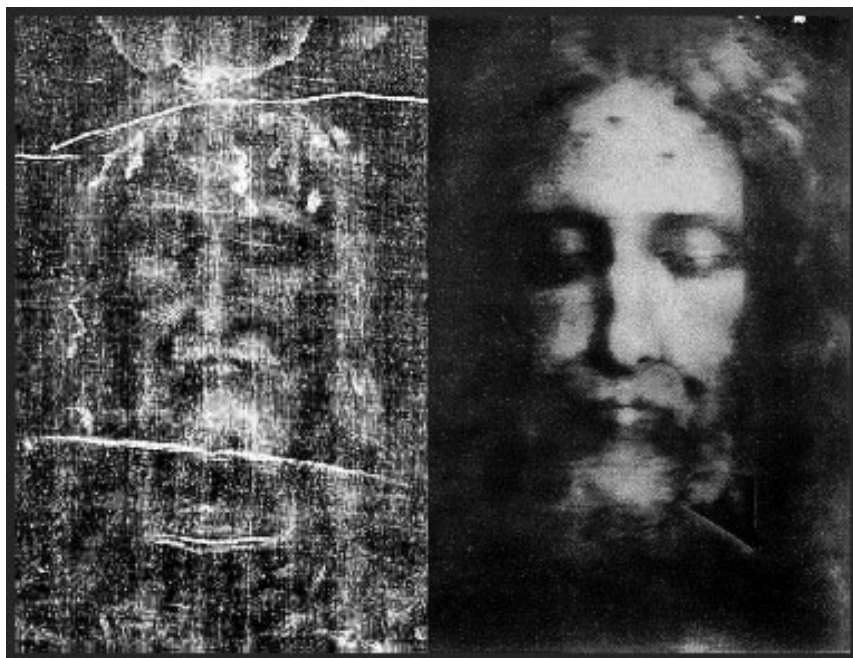


- ✓ *Clavos en las manos:* sangre de una herida en la muñeca izquierda –la derecha queda tapada por esta–.
- ✓ *Sangre en general:* escurrimiento de sangre de ambos antebrazos que proceden de las muñecas, regueros de sangre que salen de ambas fosas nasales y de las comisuras de la boca.
- ✓ *Lanzada:* mancha de sangre diluida que mana de una herida en el costado del cuerpo.
- ✓ *Descendimiento:* rastros de sangre que debieron salir pasivamente en el descendimiento de la cruz.

- ✓ *Clavo en los pies*: impresiones de sangre de las heridas de ambos pies, al ser atravesados por un clavo.
- ✓ *Marca del patibulum (madero transversal de la cruz)*, que al ser cargado por el reo dejó improntas de magullado, aplastamiento y deformación de las anteriores lesiones.
- ✓ *Rodillas*: contusiones con heridas abiertas en las rodillas, principalmente en la derecha, que se debieron ocasionar al apoyarse bruscamente en ellas tras una caída en un camino pedregoso de camino al Calvario.



1. Regrueso de sangre por la coronación de espinas.
2. Nariz rota y mejilla hundida.
3. Barba empapada en sangre.
4. Herida de lanza con múltiples rastros de sangre.
5. Regrueso de sangre por los movimientos en la cruz.
6. Manos perforadas por clavos.
7. Rodillas heridas por las caídas durante el Vía Crucis.
8. Pies taladrados por un clavo.
9. Heridas por el casco de espinas.
10. Hombro magullado por el madero horizontal de la cruz.
11. Heridas en la espalda por la flagelación.
12. Regrueso de sangre por el descendimiento de la cruz.
13. Más heridas de la flagelación.
14. Pies ensangrentados y perforados por un único clavo.



A la izquierda, imagen del rostro de Cristo en el Santo Sudario; a la derecha, recreación artística de la misma

Las anteriores lesiones se constataron por primera vez cuando el abogado italiano Secondo Pía realizó en 1898 la primera fotografía de la Síndone. Al examinar la placa que contenía el negativo fotográfico, este italiano quedó muy desconcertado, ya que la inversión del claroscuro, que normalmente se produce en la placa fotográfica, servía en este caso para mostrar la verdadera figura –que aparecía borrosa cuando se contemplaba la Sábana al natural–. Para que pudiera verse la imagen que aparecía en la placa que sostenía en las manos era necesario que en la tela se hubiera “estampado” la figura del crucificado con el claroscuro al revés, pues en el negativo fotográfico aparecía el positivo óptico de la impronta.

Se podían así apreciar todos los detalles, las lesiones, las heridas, y hasta la forma perfecta del cuerpo que había sido envuelto

en la Síndone. Por fin era una imagen comprensible, ya en pleno siglo XIX. Este fenómeno se repite una y otra vez cuando se fotografía la Sábana, y aun hoy por hoy no hay una explicación suficientemente convincente, lo que echa por tierra muchos argumentos de que el lienzo fuera un fraude de origen medieval.

No obstante, y más cerca ya de nuestros días, la mayor cantidad de datos sobre la Santa Síndone proceden de los trabajos que se realizaron a partir de 1977, cuando un grupo de científicos dirigidos por los doctores John Jackson y Eric J. Jumper (profesores de Física y de Ciencias Aeronáuticas, respectivamente, de la Academia de las Fuerzas Aéreas de Denver, Colorado, y en el Centro de la NASA en Pasadena, California, ambos en Estados Unidos). Este equipo, compuesto inicialmente por científicos norteamericanos, se denominó S.T.U.R.P. (siglas en inglés de “Proyecto de Investigación sobre la Síndone de Turín”).

Su primera aportación se hizo pública en 1977: Jackson y Jumper, al estudiar las fotografías de la Síndone en el laboratorio de las Fuerzas Aéreas de Alburquerque, Nuevo México (Estados Unidos), con la colaboración de su colega el doctor Bill Mottern, descubrieron que la imagen de la Síndone contenía información tridimensional. Pero las sorpresas de tan extensa investigación no acabaron ahí, y después de una observación directa de más de 120 horas ininterrumpidas, se sacaron las siguientes conclusiones científicas:

1. Había sangre humana, indudablemente. Se han detectado componentes exclusivos de esta –con posterioridad, el doctor Baima Bollone pudo determinar que era del grupo sanguíneo AB, “casualmente” el más frecuente entre los hebreos, y muy poco habitual en los demás pueblos–.
2. La imagen contiene al menos nueve características físicas (absoluta superficialidad, extrema pormenorización, estabilidad térmica y química plenas, comprobada ausencia

de pigmentación de cualquier clase, estabilidad al agua, no direccionalidad, negatividad y tridimensionalidad) que obligan todas ellas a excluir cualquier técnica conocida hasta la fecha para realizar una imagen semejante.

Estas características únicamente parecen corresponder con la huella que dejaría una radiación desconocida, y no explicable desde el punto de vista físico, que hubiera emanado del cuerpo del cadáver con una intensidad altísima, pero prácticamente instantánea en el tiempo, y que hubiera producido una especie de “quemadura” proporcional en cada punto con la distancia de este al lienzo.

Algunos investigadores cristianos creyentes piensan que tal fenómeno podría haberse producido solamente en el momento de la Resurrección, pero como es algo que no podemos reproducir experimentalmente en el laboratorio, queda solo para el sentimiento religioso de cada uno.

Por parte de la medicina legal, el primer cirujano que comprobó la absoluta exactitud anatómica de todas estas lesiones y heridas fue el profesor de la Universidad de la Sorbona (París, Francia) Yves Delage –de la Academia de Ciencias de París–, por cierto un declarado agnóstico. Para él no existía la menor duda de que solo un hombre que hubiera padecido los tormentos físicos de Jesús podría haber dejado tales huellas.

Posteriormente, son ya multitud los médicos que, a lo largo de este siglo, han confirmado todas estas afirmaciones: desde los primeros como Pierre Barbet (cirujano del Hospital de San José de París), o Giovanni Judica Cordiglia (profesor de Medicina Legal de la Universidad de Milán), hasta los más próximos a nosotros –que han podido comprobar sobre la propia tela sus afirmaciones– como el doctor Bucklin (médico forense, patólogo del Hospital de Los Ángeles, California, EE.UU.), el doctor

Rudolf W. Hynek (de la Academia de Medicina de Praga, República Checa) o el doctor Pier Luigi Baima Bollone (profesor de Medicina Legal de la Universidad de Turín, Italia). Todos coinciden lesión por lesión.

Algunos aspectos de la imagen describen al muerto con detalles que entrarían en clara contradicción con las representaciones de Cristo corrientes en la Edad Media, en las que las imágenes obedecían más a la imaginación y fervor religioso. La ciencia moderna reconoce hoy que tales características son un signo de autenticidad porque muestran detalles –en los que no había reparado nadie– perfectamente ajustados a la realidad de la muerte del crucificado.

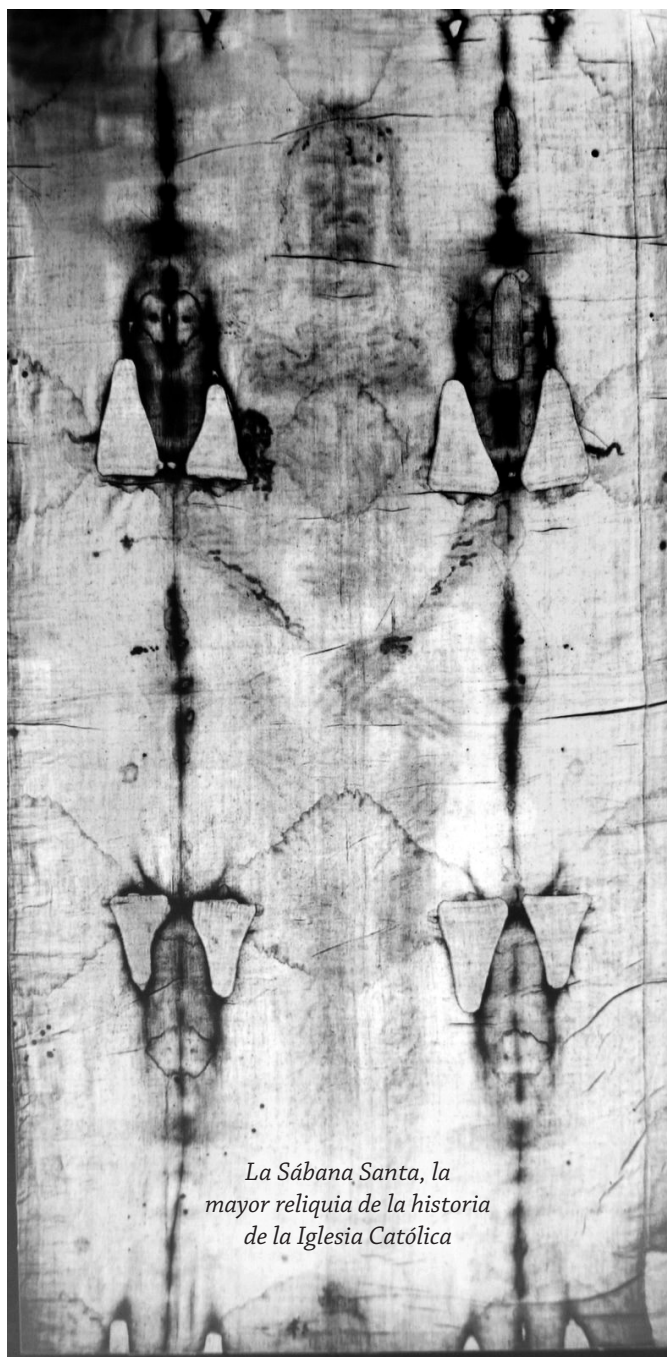
Vamos a citar algunos detalles en profundidad para dejar en evidencia hasta qué punto el estudio médico-forense de la Sábana Santa ha dejado constancia de las lesiones que posteriormente volveremos a estudiar:

- ✓ El cartílago de la nariz aparece roto y desviado a la derecha. Esta lesión podría deberse a una caída, ya que se han encontrado restos microscópicos de tierra de las mismas características físicas que la de Jerusalén en este lugar, en la rodilla izquierda y las plantas de los pies.
- ✓ Bajo la región cigomática o malar derecha aparece una gran contusión. Los especialistas lo consideran por unanimidad el efecto que produciría un bastonazo dado por un palo corto y redondo de alrededor de 4-5 centímetros de diámetro.
- ✓ En el resto de la cara aparecen diversas rozaduras, especialmente en la mejilla derecha y la región frontal.
- ✓ Encima de los ojos, sobre ambas cejas hay llagas y contusiones iguales a las que producirían puñetazos o palos. La ceja derecha está completamente hinchada. Las marcas sangrantes de la corona de espinas muestran más de cincuenta orificios.

- ✓ A lo largo de todo el cuerpo pueden verse marcas idénticas a las que dejaría el instrumento que utilizaban los romanos para flagelar a un reo: el llamado *Flagrum Taxillatum*, látigo utilizado como tormento y del cual se han encontrado restos en excavaciones arqueológicas. En este sentido, por ejemplo, el profesor Bollone ha podido contar más de seiscientas contusiones y heridas en todo el cuerpo del reo, y se cuentan las marcas de los azotes en unas ciento veinte.
- ✓ La herida del costado tiene una forma elíptica del mismo diámetro que una lanza romana o *Pilum*: 4,4 x 1,4 centímetros. Y estaría en el lado derecho del tórax, porque ese era el lugar en que solían atacar los soldados romanos al enemigo, que por norma general llevaba el escudo sujeto con el brazo izquierdo —protegiendo el corazón—.

Finalmente, estudiando la Sábana Santa, el doctor Cordiglia, uno de los investigadores de más renombre en este campo, ha demostrado que todas las heridas fueron producidas en vida del sujeto excepto la del costado, que se originó después de morir.

Cuando se toman en conjunto ciertos datos (el testimonio extenso y contemporáneo tanto de proponentes como oponentes del cristianismo, así como la aceptación universal de Jesús como una auténtica y excepcional figura histórica; la ética severa y sólida de los escritores de los Evangelios y el corto intervalo de tiempo entre los eventos y los manuscritos; y la confirmación del recuento de los Evangelios por historiadores y por descubrimientos arqueológicos) todo ello asegura sin duda un testimonio muy fiable para elaborar una interpretación médico-forense moderna de la muerte de Jesús, en la que vamos a entrar en las siguientes páginas, desde el escenario, los autores, el propio Jesús y las consecuencias posteriores.



*La Sábana Santa, la
mayor reliquia de la historia
de la Iglesia Católica*